cadalso de la Gréve, lo sabes? siempre está pronto. Qué horror! verte en aquel espantoso carretón! Oh! piedad, piedad! Nunca había yo conocido hasta ahora hasta qué punto te amo. Oh! Síguemel Luego que te haya salvado la vida, tendrás tiempo,—todo el que quieras,—para llegar á amarme, me aborrecerás también todo el tiempo que quieras. Pero ven.... mañana! mañana! el cadalso, tu suplicio! Oh, sálvate! ten compasión de mí!

Y la cogió por el brazo, porque estaba loco, y quería llevársela por fuerza.

Clavó en él la gitana su mirada fija:—Qué ha sido de mi Febo?

—Ah!—dijo el sacerdote soltándola el brazo,—tienes un corazón de hierro.

—Qué ha sido de mi Febo?—repitió ella con frialdad.

—Ha muerto!—exclamó el sacerdote.

—Muerto!—repitió la infeliz helada é inmóvil;—entonces, qué estáis hablando de vivir?

Pero él no la escuchaba.—Oh, sí! decía como hablando consigo mismo, debe haber muerto. La hoja penetró hasta el fondo y creo haber tocado el corazón con ella.— Oh! yo veía hasta la punta del puñal!

Precipitóse sobre él la gitana como un tigre furioso, y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural.—Vete, monstruo! vete, asesino! déjame morir! Oh, que la sangre de nosotros dos te haga en la frente una mancha eterna! Ser tuya, sacerdote! Jamás! Jamás! Nada nos reunirá, ni aun el infierno! Vete, maldito! jamás!

El sacerdote había tropezado en la escalera: desenredó sin decir palabra sus pies de entre los pliegues de su sotana, cogió su linterna, y empezó á subir lentamente las escaleras que conducían á la puerta; abrióla y salió. Luego de repente volvió la gitana á ver su cabeza en que brillaba una expresión espantosa, y oyó que la decía con un estertor de rabia y desesperación: —Te digo que ha muerto!

Cayó la infeliz al suelo boca abajo, y no se oyó ya en el calabozo otro ruido que el de la gota de agua que hacía palpitar el charco en las tinieblas.

V

La madre

No creo que haya cosa más halagüeña en el mundo que las ideas que se despiertan en el corazón de una madre á la vista del zapatito de su hijo: sobre todo si es el zapatito de los días de fiesta, de los domingos, del bautismo; el zapato bordado hasta debajo de las suelas; un zapato con el cual no ha andado ni siquiera un paso la criatura: Aquel zapatito tiene tanta gracia, y es tan pequeño, le es tan imposible andar, que para la madre es como si viera su hijo. Ella le sonríe, le besa, le habla; se pregunta si es posible, en efecto, que un pie sea tan pequeño; y aunque el niño esté ausente, basta aquel lindo zapato para hacerla ver presente la dulce y fragil criatura: cree verle, le ve todo entero, vivo, alegre, con sus manos delicadas. Su cabeza redonda, sus labios puros, sus ojos serenos, cuyo blanco es azul. Si es en invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego: si es en verano, rastrea por el patio, por el jardín, arranca la hierba de entre las piedras, mira con inocencia los perros grandes, los caballos grandes, sin miedo, juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero que halla la arena en los acirates y la tierra en los paseos. Todo ríe, todo brilla, todo juega en torno de él como

él, hasta el aliento del aire y el rayo del sol que se confunden en los sútiles rizos de sus cabellos. El zapatito hace ver todo esto á la madre, y la derrite el corazón como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se ha perdido, estas mil imágenes de alegría, de hechizo y de ternura, que se agolpan á la vista del zapatito, se convierten en otras tantas cosas horribles, el lindo zapatito bordado no es ya más que instrumento de tortura, que ataraza el corazón de la madre. Siempre hace vibrar la misma fibra, la fibra más profunda y más sensible; pero en vez de un ángel que la acaricie tiene un demonio que la desgarre.

Una mañana, mientras se alzaba el sol de mayo en uno de aquellos cielos de azul sombrío en que solía colocar el Garofalo sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre Roland un ruido de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de Gréve. Poco llamó aquello su atención, anudóse los cabellos sobre las orejas para no oir, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando hacía quince años. Aquel zapatito, ya lo hemos dicho, era para ella el universo; sus pensamientos estaban todos encerrados en él, y no debían salir de allí hasta la muerte. Las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras, las súplicas y los sollozos con que había importunado al cielo por aquel primoroso juguete de raso color de rosa sólo ha podido saberlo el sombrío calabozo de la Torre Roland: jamás cayó tanta desesperación sobre un objeto más lindo y gracioso. Aquella mañana parecía que su dolor se exhalaba más violento aún que otras veces, y oíasela desde fuera lamentarse en voz alta y monótona que partía el corazón.

—Oh! mi hija!—decía,—hija mía! mi pobre y querida hija! ya nunca te veré más! nunca. Oh! siempre me parece que sucedió ayer! Dios mío, Dios mío, para

quitármela tan pronto, más valiera no habérmela dado! Ah, miserable de mí, que salí aquel día! Señor! Señor! para quitármela así, no me habíais visto con mi hija, cuando yo la calentaba, tan contenta ella, á mi hogar, cuando reía mamando mis pezones, cuando hacía yo subir sus piececitos sobre mi pecho hasta mis labios? Oh! si hubierais visto aquello, Dios mío, hubierais tenido compasión de mi alegría; no me hubierais arrancado el único amor que me quedaba en el corazón! Tan miserable criatura era yo, Señor, que no podíais echarme una mirada antes de condenarme! Dios mío, Dios mío, ahí está el zapato; pero el pie, dónde está? dónde está lo demás? dónde está la criatura? Hija mía, hija mía, qué han hecho de ti? Señor, volvédmela! Por quince años se han desollado mis rodillas rezando, Dios mío! y no os parece bastante? Volvédmela, un día, una hora, un minuto; un minuto, Señor, y arrojadme luego al demonio por toda la eternidad! Oh! si yo supiera dónde hallar una punta de vuestra falda, á ella me asiría con ambas manos, y no tendríais más remedio que volverme mi hija! Y no tenéis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? Podéis condenar á una pobre madre á este suplicio de quince años? Santa Virgen! Santa Virgen del cielo! mi pobre niño Jesús, me le han quitado, me le han robado, me le han devorado en una pradera, me han bebido su sangre, me han masticado sus huesos! Santa Virgen, tened compasión de mí! Mi hija! yo quiero mi hija! Qué me importa que esté en el cielo? yo quiero mi hija! Yo soy una leona y quiero mi cachorro! Oh! me arrastraré por el suelo, y romperé las piedras con mi frente y me condenaré y os maldeciré, Señor! si no me volvéis mi hija! Ya veis que tengo los brazos martirizados y mordidos, Señor! no tiene piedad el Dios del cielo! Oh! no me déis más que sal y pan negro con tal que me déis mi hija y que me caliente ella como un sol! Dios bondadoso, yo no soy

más que una vil pecadora; pero mi hija me hacía ser buena. Ah! yo tenía tanta religión por amor de ella! yo os veía al trasluz de su sonrisa como por una abertura del cielo. Oh! pueda yo una vez, sólo una vez, calzar con este zapato su rosado piececito, y moriré, Virgen santa, bendiciéndoos! Quince años! ya habría crecido tanto! Pobre criatura! y qué? será cierto que ya no la veré más, ni aun en el cielo! porque yo... yo no iré á él. Oh! miseria! decir que tengo aquí su zapato y nada más!

Arrojóse la desdichada sobre aquel zapato, su consuelo y su desesperación hacía ya tantos años; y sus entrañas se desgarraban en sollozos como el primer día; porque para una madre que ha perdido su hijo, todo los días son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece; en vano se desgastan y blanquean las ropas de luto; el corazón queda negro. En aquel momento pasaron delante de la celda multitud de alegres y frescas voces de muchachos. Siempre que veía ú oía criaturas la pobre madre se precipitaba al ángulo más sombrío de su sepulcro, y parecía que procuraba hundir su cabeza en la piedra para no oirlos. Aquella vez sin embargo se puso en pie frenética y escuchó con ansia; uno de los chiquillos acababa de decir:—Hoy ahorcan á una gitana.

Con el brusco sobresalto de aquella araña que vimos precipitarse sobre una mosca al ver el estremecimiento de su tela, corrió ella á su ventana que caía, como ya hemos dicho, sobre la plaza de Gréve. En efecto, estaba arrimada una escalera de mano al patíbulo permanente, y el maestro de las bajas-obras se ocupaba en arreglar las cadenas oxidadas por la lluvia. Veíanse algunos grupos en derredor.

Estaba ya lejos el alegre tropel de los muchachos, por lo que la pobre reclusa empezó á buscar con los ojos alguno de quien poder informarse de lo que pasaba. Vió entonces al lado de su covacha un sacerdote que hacía como que leía en el breviario público, pero que atendía mucho menos á sus letras que al cadalso, hacia el cual echaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz: la reclusa reconoció al señor arcediano de Josas, venerado como un santo hombre.

—Padre,—preguntó,—á quién van á ahorcar?

Miróla el sacerdote y no respondió; pero repitió ella su pregunta, y contestó el sacerdote:

—No lo sé.

—Antes decían ahí unos muchachos que era á una gitana.

—Creo que sí.

Soltó entonces Paquita la Chantefleuri una carcajada de hiena.

—Hermana,—dijo el arcediano,—aborrecéis mucho á las gitanas?

—Si las odio!—exclamó la reclusa;—no he de odiarlas si son vampiras, ladronas de criaturas? Ellas me han devorado mi hija, mi hija única! Ya no tengo yo corazón, ellas me lo han comido!

Espantosa estaba aquella mujer: el sacerdote la miró con frialdad.

—Una hay sobre todo á quien aborrezco,—prosiguió,—y á quien mil veces he maldecido; es una joven, que tiene la misma edad que tendría mi hija, si su madre no me la hubiera devorado. Cada vez que esa víbora pasa por delante de mi celda, me revuelve toda la sangre.

—Pues bien! hermana, regocijaos,—dijo el sacerdote, glacial como la estatua de un sepulcro;—esa es la que vais á ver morir.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.

Hizo extremos de alegría la reclusa.—Yo se lo había

profetizado que subiría al patíbulo! Gracias, sacerdote, —exclamó.

Y empezó á pasearse á largos pasos delante de las rejas de su ventana, espeluzada, echando llamas por los ojos, golpeando las paredes con sus hombros, con el porte feroz de una loba enjaulada que tiene hambre hace ya mucho tiempo, y siente acercarse la hora de comer.

VI

Tres corazones de hombre distintos entre sí

Febo sin embargo no había muerto; hombres de su temple tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda, se está muriendo, fué por error ó por chiste; cuando repitió el arcediano á la prisionera, ha muerto, él no lo sabía, pero lo suponía, contaba con ello, lo creía indudable, lo deseaba; le hubiera sido harto duro dar á la mujer que amaba buenas nuevas de su rival. Cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

No es esto decir que la herida de Febo fuese poco grave; pero no lo fué tanto como hubiera deseado el arcediano. El cirujano á cuya casa le llevaron en el primer momento los soldados de la ronda, temió durante ocho días por su vida y aun se lo dijo en latín. Sin embargo, la fuerza de la juventud fué superior á todo; y cosa que con frecuencia sucede, á pesar de pronósticos y diagnósticos, empeñóse la naturaleza en salvar al enfermo á los hocicos del médico. Hallándose aun en la cama del Hipócrates sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la curia, cosa que le aburrió sobre-

manera. Y como un día amaneciese sano y bueno el enfermo, dejó al farmacópola en pago sus espuelas de oro, desapareció sin despedirse de nadie: esto sin embargo, en nada estorbó la instrucción del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto á la limpieza y claridad de una causa criminal; con tal que el acusado fuera á la horca, no era menester más. Los jueces tenían ya bastantes pruebas contra la Esmeralda; habían creído muerto á Febo, y esto bastaba.

Febo por su parte no se condenó á muy largo destierro; contentóse lisa y llanamente con ir á reunirse á su compañía, que estaba de guarnición en Queue-en Brie, en la isla de Francia, á pocas postas de París.

Porque sobre todo no le acomodaba en manera alguna comparecer en persona en el tal proceso, conociendo allá en sus adentros que debía hacer en él por fuerza una figura algo ridícula. En el fondo no sabía qué pensar de toda la aventura. Indevoto y supersticioso como todo soldado, que no es más que soldado, cuando la examinaba, no las tenía todas consigo acordándose de la cabra, del modo extraño como había hecho conocimiento con la Esmeralda, del modo no menos extraño como le había hecho ella adivinar su amor, de su calidad de gitana, y en fin del monje en pena. Entreveía él en toda esta historia mucho más de magia que de amor, probablemente una hechicera, tal vez el mismo diablo; una comedia en fin, ó por hablar en el lenguaje de entonces, un misterio muy desagradable en que hacía un triste papel, el de los porrazos y las rechiflas. Estaba el capitán todo mohino, y sentía aquella especie de vergüenza que tan admirablemente define nuestro Lafontaine:

Corrido como zorra
Presa de una gallina.

Esperaba no obstante que no se hablaría más del